poesía escrita en catalán en el País Valenciano y en las Islas Baleares. Será a partir de esa fecha cuando comiencen a publicar sus poemas todos los poetas aquí seleccionados, excepción hecha de Francesc Parcerisas, Narcís Comadira, Marta Pessarrodona y el Gimferrer de la etapa castellana. De ahí que nos parezca verdaderamente admirable y ejemplar el hecho de que, en algo más de una década, se hayan consolidado tantos y tan estimables poetas, máxime si tenemos en cuenta las dificultades que les planteaba autoimposición de expresarse en una lengua perseguida y casi prohibida hasta hace muy pocos años. Poetas de indudable interés todos ellos y algunos realmente notables, que enriquecen vigorosamente —pese a quien pese— el panorama deprimente, lánguido, monocorde y mezquino de la actual poesía escrita en castellano. Desolador panorama al que muy bien se podrían aplicar los versos finales del poema de Marta Pessarrodona titulado «Si sabéssiu, Mestre...»: «quemar los libros de pura asfixia, de pura impotencia. / Si supieses el Bierville en el que han convertido nuestra casa...»

Estamos pues, ante una ejemplar, valiosa e imprescindible antología para todo aquel lector ávido de reencontrarse con verdaderos poemas escritos por auténticos poetas.

Las temibles —aunque evitables— erratas que aparecen con alguna frecuencia a lo largo de las más de cuatrocientas páginas de esta antología, así como la poca fortuna con que han sido vertidos al castellano algunos versos, serían los únicos necesarios reparos que caben y deben hacerse a los editores de esta magnífica *La nueva poesía catalana*.—ANGEL LUIS VIGARAY. *Prádena del Rincón, 4, 5.º D. 28002 MADRID.*

Un pulpo del que nadie escapa *

Que nuestras sociedades han cambiado grandemente sus signos tradicionales de identidad, y que las más avanzadas son ya culturas tecnológicas dominadas por el diseño industrial es una evidencia palpable. Que nuestras vidas están planificadas por la producción industrial, por ideas de eficacia económica y por sistemas sociales en los que predomina la organización mecánica del trabajo es una realidad comprobable. En el presente libro, Claudio Esteva, catedrático de Antropología Cultural de la Universidad de Barcelona, se ocupa de los problemas que surgen de la organización del trabajo en el seno de los diseños industriales, de los conflictos originados por la movilidad de las fuerzas productivas y de las ideologías sociales que dominan en este entorno.

El profesor Esteva sitúa el punto de partida de su trabajo en el proceso de transición de los individuos que han de abandonar sus hábitos tradicionales de cultura campesina, para adquirir los propios de las sociedades urbanas. La transición, en todos

* CLAUDIO ESTEVA FABREGAT: *Antropología industrial.* Anthropos, Editorial del Hombre, Barcelona, 1984.

los casos, se presenta como conflictiva, debido al cambio de ocupación y la adaptación a otro ambiente, que incluye el lugar de trabajo, la vivienda, el paisaje, las nuevas amistades, la educación, las diversiones y los tipos de participación social. Las consecuencias son no sólo ciertos tipos de neurosis adaptativas, sino también ciertos fallos o discontinuidades en la integración o ajuste al sistema industrial.

El autor de «Antropología industrial» insiste en que el mundo industrial es la clave a partir de la cual se pueden estudiar las diferentes dinámicas que se manifiestan en las sociedades humanas, e incluso en los animales y vegetales cuyos nichos ecológicos han sido afectados por la intervención del hombre, cualquiera que sean las historias específicas de cada sector de la vida.

«Nadie ni nada parece ya escapar a la influencia del poder material e ideológico de las organizaciones industriales —afirma Claudio Esteva—. Estas son, desde hace tiempo, un pulpo que abarca con sus tentáculos a la totalidad de los ambientes humanos y vitales. Son, como si dijéramos, una función de la expansión del mundo industrial considerado en su presencia en todos los ámbitos de la tierra.»

El verdadero poder del mundo

Efectivamente, en este momento, las organizaciones industriales son el verdadero poder del mundo, un poder que parece ocultarse discretamente tras las bambalinas de la aparente gran política que representan los políticos, muchos de éstos sin consciencia de que son hábilmente manipulados por los grandes recursos de la organización industrial. «La ideología pragmática que se expande —dice el autor del libro que comentamos— y la que fabrican los cerebros al servicio de estas organizaciones corresponden a imágenes y a intereses que coinciden con los del sistema industrial en sus necesidades específicas de producción y de negocio.» Al hablar de diseño industrial aparecen dos aspectos o facetas bien diferenciados. El primero está representado por quienes toman decisiones sociales, es decir, sobre otros hombres y que simbolizan eslabones estratificados de la cadena de mando. El segundo es representado por la masa de base, cuya particularidad en el seno de la organización consiste en ser el instrumento simbólico de objetivación permanente del relativo progeso social alcanzado por el diseño.

Para el profesor Esteva, el diseño industrial es la fuente remota del conflicto humano en la producción de mercancías, a pesar de que se trata, como él mismo dice, de una «personalidad oculta», genuinamente abstracta, y que sólo halla su razón dialéctica en el contexto de una filosofía del trabajo basada en la productividad y en la eficacia de los medios, así como en la dinámica de la misma competitividad impuesta por el mercado y por las necesidades sociales del consumo. Estos ingredientes ejercen como factores de presión que, asimismo, actúan sobre la concepción del diseño, de manera que, como consecuencia, este diseño incluye la renuncia del trabajador a su autonomía y a su deseo potencial de realización personal en el proceso productivo total.

La renuncia realizada por el trabajador tiene como consecuencia un mayor peso de la carga psíquica simultaneada con un menor agobio muscular. El profesor Esteva habla del «paso del desgaste antiguo muscular al desgaste nervioso contemporáneo,

acumulado a partir del consumo psicológico, de las relaciones sociales conflictivas y de las ansiedades resultantes del hecho de vivir en una sociedad más compleja y científica, e ideológicamente más crítica, al mismo tiempo que se vive una experiencia de trabajo más simplificada y, por lo mismo, más próxima a su despersonalización».

Metamorfosis de los individuos

En el programa industrial las materias primas se convierten en máquinas o en herramientas, y éstas se convierten en eslabones de la cadena productiva. Los hombres se convierten en mandos, en especialistas, en empleados o en obreros de base. La transformación es el símbolo fundamental del trabajo industrial.

La metamorfosis es apuntada como la cualidad principal del proceso industrial, y los trabajadores son parte sustancial de la misma. «Antropología industrial» demuestra que «del mismo modo que las materias primas se transforman en herramientas y máquinas, los hombres se transforman en parcialidades de un sistema total y son transferibles y metamorfoseados como las materias primas y sus diferentes formas en el proceso productivo». En lo humano, la metamorfosis supone la transformación del hombre total en hombre parcial, en sujeto de máquina, y representa la transformación potencial de éste a cualesquiera otras cualidades parciales del sistema.

Para el autor del trabajo que comentamos resulta obvio que la tarea productiva, en el contexto del diseño industrial moderno, está despersonalizada, es anónima y objetiva, en cierto modo superorgánica por racionalización, e insiste en la metamorfosis adaptativa.

Claudio Esteva señala que, en general, los trabajadores llamados especialistas se limitan a operar automáticamente una máquina, o se ocupan en una tarea sencilla que apenas requiere aprendizaje, excepto el de una información básica para su manejo, se encuentran con que más que inteligencia se les exige control y disciplina.

«En este sentido —comenta el mismo autor—, los niños tienen más oportunidades de desarrolo intelectual y psicológico que estos trabajadores cuando manipulan juguetes constituidos por elementos libres o propicios para diferentes operaciones y que se afanan en construir modelos de posibilidades variadas a partir de diferentes opciones y combinatorias de elementos.»

«Realmente —añade—, la vida "industrial" infantil es más rica y estimulante, en términos de percepción visual y de manipulación mecánica que la de un trabajador industrial de línea, precisamente porque mientras el primero tiende a operar con elementos abiertos, o sea, donde las formas resultarán de la acción personal manipuladora y del escarceo intelectual, el segundo trata con formas ya dadas que, por tanto, no pueden ser modificadas.»

Creadores, adaptadores, trabajadores

Originalmente, la distancia que separa en la genealogía del conocimiento a los creadores del diseño o clase intelectual tecnológica, de los adaptadores o clase empresarial económica, de los trabajadores o clase productora adaptada, es una de

diferente sentido: la de los primeros representa ser una razón teórica evidente; la de los segundos es la de una razón práctica participada, y la de los terceros es la de una razón reflejada verificada.

El profesor Esteva aboga porque el conocimiento no sea privilegio de unos pocos, por eso está convencido de que la variable factorial humana debe obtener un estatus decisivo sobre el resto de las otras variables mecánicas y naturales. Insiste en que eso no sólo debe conseguirse en los niveles elevados y medios de autoridad social, sino también en los de base acudiendo para ello a convertir la categoría tecnológica en una categoría que, llegada a los trabajadores de base, no los simplifique ni los indiferencie intelectualmente, sino que los estimule a realizarse psicológicamente y socialmente en ella. «Aquí —dice— lo importante consiste en transformar en un bien común lo que por ahora es un bien de pocos: la racionalidad de la élite.»

Las fuentes de la alienación en el trabajo, «Antropología industrial» considera que continúan siendo los tecnólogos, que desarrollan su racionalidad en la dirección mecanicista y humanamente reflejante. Estos representan la mente industrial por excelencia, y son políticamente transferibles en el sentido de que su conocimiento es igualmente válido en la vida industrial cualquiera que sea el régimen político predominante. Se trata, en definitiva, de tecnólogos que responden a un fondo común compartido por todas las sociedades avanzadas.

El tecnólogo impone la disciplina y el deber ser objetivo en la producción. La racionalización del trabajo es una de sus marcas distintivas.

Al trabajador, por su parte, le corresponde hacer sin entender, es decir, reflejarse en lo mecánico de la acción. «Significa también —dice Claudio Esteva— descomponerse cognoscitivamente para así ser capaz de ser, como elemento del proceso, una función transferible, un sujeto de difusión.»

Igual en Occidente que en Oriente

Algo que no se puede olvidar es que el moderno diseño industrial vale profundamente igual en el Occidente que en el Oriente, en el capitalismo privado que en el capitalismo de Estado. Los organigramas son semejantes en su organización y estructura piramidales y en su sistema cognoscitivo; la tecnología pertenece a la misma tradición científica, a la misma comunidad de conocimiento y a la misma supeditación a la autoridad mecánica.

Someter lo que está organizado es relativamente fácil cuando se posee la razón del sistema, y por lo mismo, y especialmente, cuando se posee la autoridad del conocimiento. El profesor Esteva explica cómo esta autoridad tiene dos presencias, igual que el poder mágico: 1) la necesaria condición de alteridad de sus destinatarios y 2) la necesaria inseguridad de éstos en orden a controlar su propia personalidad. En cierto modo, ambas presencias significan necesidad de protección.

En cuanto a los trabajadores que son los sujetos humanos del proceso, al autor del presente libro le preocupa que no lleguen al verdadero fondo de las cuestiones, «no se preguntan —dice— sobre el significado de su trabajo; si acaso se preguntan sobre quiénes poseen los medios de producción y sobre quién les gobierna. A veces,

hasta se proponen arrebatarles ese poder, pero difícilmente se preguntan cómo evitar la alienación implícita en el hecho de ser, en cualquier caso, un factor más de la razón productiva».

«Antropología industrial» reúne una serie de artículos, parte de ellos ya publicados hace diez años, en los que late un tema común: las implicaciones sociales y culturales de la industria y la industrialización para el hombre y para el antropólogo, ya que, como el mismo autor dice «nada parece escapar a la influencia del poder material e ideológico de las organizaciones industriales».

Los capítulos abarcan un amplio abanico de temas: sociodinámica del capitalismo, relaciones humanas, eficacia industrial, profesionalización, problemas de la antropología industrial, la máquina y la deshumanización del trabajador, el factor humano en la producción industrial, desarrollo y planificación social, industrialización e integración social y contexto cultural del urbanismo. Todos los problemas, en fin, que atañen al antropólogo industrial.—ISABEL DE ARMAS. *Juan Bravo, 32. 28006 MADRID.*

Gil Vicente: *Casandra and Don Duardos* *

El portugués Gil Vicente desarrolla su producción dramática entre los años 1502 y 1536, vinculado a las cortes de Don Manuel y de su hijo, dejándonos once obras en castellano. Su importancia ha ido creciendo cada vez más y tener un estudio como el que hoy reseñamos es buena prueba de ello. Las prestigiosas «Critical Guides» londinenses nos ofrecen ahora un análisis de dos obras suyas. *El Auto de la Sibila Casandra* (1513) nos coloca ante una confrontación de temas paganos y cristianos dentro de un ambiente pastoril, cuyo centro argumental lo constituye el personaje de Casandra y su negativa a casarse, creyéndose ser la virgen María. Este breve argumento con final religioso es todavía un desarrollo de la acción no muy fácil de analizar debido a sus dimensiones crípticas. *La tragicomedia de Don Duardos* (1522) describe el amor de este héroe por la princesa Flérida en el que intervienen además circunstancias ajenas a la personalidad de los protagonistas en un hábil equilibrio entre conflicto personal y social que Gil Vicente trata con sutiliza de maestro. En el exquisito desarrollo de la trama y de los sentimientos de los personajes hemos de ver además un enfrentamiento de dimensiones mucho más profundas y que, en definitiva, es el eje central de todas las manifestaciones artísticas de la primera mitad del siglo XVI. A las rígidas convenciones sociales que habían dominado durante siglos se irá imponiendo la vigorosa ascensión del hombre en todas sus facetas creadoras. El profesor Hart sigue un planteamiento, no obstante, fundamentalmente estilístico centrándose en las convenciones dramáticas y sin olvidar un tema tan importante como es el de la caracterización.

---

* GIL VICENTE: *Casandra and Don Duardos* by Thomas R. Hart, London. Tamesis Books, 1981, 88 páginas.